

tiago de la Laguna que se allanó a ocupar el puesto interinamente. La ciudad permaneció tranquila, y en una especie de neutralidad hasta fines de octubre en que se presentó en Aguas-Calientes con el designio de ocuparla una partida compuesta de hombres desnudos, sin arreglo, sin disciplina ni armas, a las ordenes de un gefe que entonces se hacia llamar Iriarte, y en diversas epocas anteriores habia sido conocido con los nombres de Martinez y Laiton.

Ni Iriarte ni los que se hallaban bajo de su mando podian inspirar confianza al vecindario de Zacatecas; pero como se carecia de fuerzas para impedir que ocupasen la ciudad, el Ayuntamiento y el intendente procuraron entrar en composicion y sacar todo el partido posible. Al efecto nombraron en clase de comisionados al doctor D. Jose Maria Cos y al presbitero D. Manuel de las Piedras, los cuales lograron impedir los males que justamente se temian. Este procedimiento necesario en las circunstancias y por el cual la ciudad de Zacatecas salvó los bienes y personas de sus habitantes, indispuso mucho al virey que descargó su colera contra los negociadores señalandose especialmente con Cos a quien mandó prender y encausar, reusandole el pasaporte que pedia para España a donde pensaba retirarse para no verse comprometido con ambos partidos cuyos excesos reprobaba. Estas violencias

lo obligaron a tomar partido por la insurreccion a la cual como se verá adelante prestó importantes y señalados servicios.

La revolucion de San Luis Potosi fué obra de fray Luis Herrera que tomó partido por Hidalgo en Celaya y se separó de el a pocos dias con instrucciones para espiar a Calleja, seducirle el todo o parte de la tropa si era posible, y dar avisos repetidos de todos sus movimientos y de cuanto pudiera importar. Con el designio de ocultarse y de ser menos conocido Herrera cambió el traje de fraile por el secular, y marchó a su comision; pero apenas habia llegado a las inmediaciones del Jaral, cuando las partidas de Calleja lo detuvieron e hicieron sufrir un interrogatorio en el cual se manifestó embarazado por no hallarse prevenido para el. Calleja necesitaba poco para tener a un hombre por sospechoso, y visto lo ocurrido con Herrera no vaciló en hacerlo prender y conducir a la carcel publica: entonces este conociendo la imposibilidad de evadirse declaró ser fraile, y se le mandó conducir al convento del Carmen de donde logró salir a pocos dias para el de su orden de San Juan de Dios, siempre en clase de arrestado y bajo la fianza de su prelado y comunidad.

Luego que Calleja salió en persecucion de Hidalgo, Herrera, de acuerdo con fray Juan Villerias tambien Juanino volvió a sus antiguos proyectos de sustraer a San Luis de la dominacion española;

pero la cautela con que se veia precisado a proceder no le permitió adelantar mucho los primeros dias, hasta que a principios de noviembre logró que un oficial de lanceros de San Carlos llamado D. Joaquin Sevilla y Olmedo tomase parte en la conjuracion. Este espiaba las ocasiones de poder seducir la guarnicion, y cansado de aguardarlas, la noche del 40 de noviembre se resolvió a uno de aquellos pasos atrevidos en que el exito es difícil, pero una vez logrado es decisivo: aguardó pues en una de las calles a que pasase una patrulla, y a nombre del gefe de la plaza le dió orden de que lo siguiese para evacuar una comision importante; los soldados que la componian obedecieron sin dificultad y lo mismo hicieron los de otra que encontraron despues. Con esta fuerza se aproximó Sevilla al convento de S. Juan de Dios donde se le reunieron los frailes Herrera y Villerias, y ya unido con ellos se presentó en el del Carmen cuyas puertas se hizo abrir a pretesto de pedir confesion. Los presos por causas politicas que eran en numero considerable y entre los cuales se hallaban muchos oficiales de la brigada de San Luis estaban en este convento, y lo primero que hizo Sevilla fué ponerlos en libertad y caer con su auxilio sobre la guardia que los custodiaba; luego que esta se rindió los conjurados se dirijieron a la carcel y sorprendieron tambien su guardia dando libertad a los que se hallaban en ella. No hubo

la misma facilidad para apoderarse del cuartel de artilleria, mas a costa de algunas perdidas se logró vencer todos los obstaculos, y dueños ya de el los sublevados sacaron diez cañones que asestaron contra la casa del comandante Cortina en donde este aun persistia en defenderse; pero a la vista de esta bateria se vió obligado a ceder quedando prisionero con la tropa. Al amanecer del dia 44 todo estaba terminado sin otro desorden que el saqueo de la casa del comandante, concluido el cual se restableció la tranquilidad publica, quedando la provincia bajo la autoridad de D. Miguel Flores que fué nombrado intendente.

¶ Pero la ciudad de San Luis estaba destinada a sufrir mas de los estraños que de sus propios conjurados: D. Rafael Iriarte de quien antes se ha hablado, no habiendo podido saquear la ciudad de Zacatecas resolvió hacerlo con San Luis, y a efecto de lograrlo, pidió permiso al comandante Sevilla, para pasar por esta ciudad con toda su fuerza armada que pretestaba conducir a Guanajuato en auxilio de Allende. Sevilla no tuvo dificultad en concederselo, y lo recibió y festejó con todas las demostraciones de regocijo propias del caso: pero pagó muy caro su confianza y sus obsequios, porque en uno de los bailes que Iriarte le dió con el pretesto de corresponderle, y al que asistian los frailes Herrera y Villerias, fueron arrestados todos tres, e

Iriarte se hizo dueño de las fuerzas con que contaban. Con ellas y con las que habia traído desde Zacatecas hizo dar al día siguiente la voz de *mueran los traidores de San Luis*, y ella sirvió de contraseña para comenzar el saqueo que no acabó sino con la total destruccion de los caudales publicos y particulares. Este hecho atroz fué celebrado con un banquete publico al cual Iriarte hizo conducir a Sevilla y Herrera, pues Villerias se habia fugado, y despues de haber tenido la barbara complacencia de hacerles creer que iban a morir, cambió repentinamente de tono, los abrazó, los puso en libertad y los hizo sentar a la mesa, disculpandose de las violencias que contra ellos habia ejercido, con decirles que no se habia propuesto otro objeto que evitarles fuesen atropellados, por considerarseles como un obstaculo para el saqueo proyectado. En seguida arrogandose una superioridad que no le correspondia nombró mariscal a Herrera y coronel a Sevilla, y salió para Guanajuato llevando sobre sí todas las maldiciones de los vecinos de San Luis.

Allende, que como se ha dicho ya, se habia situado en Guanajuato desde que Hidalgo levantó en retirada su campo de las inmediaciones de Mejico, hizo cuanto pudo para poner la plaza en estado de defensa; pero un ejército no se forma en pocos dias, mucho menos cuando los hombres que han de com-

ponerlo han sufrido reveses considerables como habia sucedido a los insurgentes en Aculco: ademas este general se hallaba vendido por algunas de las personas de quienes hacia confianza, que ponian en conocimiento de Calleja y del gobierno de Mejico cuanto le hubiera convenido reservar. Estas inteligencias que mantenía en la plaza el gobierno, fueron sabidas por la interceptacion que hizo D. Julian Villagran de la correspondencia que las acreditaba, pero la interceptacion se verificó cuando la fuerza española se hallaba ya sobre Guanajuato, y por lo mismo no era posible hacer llegase su noticia al gefe de la plaza, que tampoco tenia ya tiempo para variar su plan de defensa. La ciudad de Guanajuato se halla situada casi a la mitad de una profunda cañada que desde la entrada hasta la poblacion se llama de Marfil, y desde donde esta acaba hasta su termino se denomina de la Serena: el punto en que se formó la ciudad es el centro a donde vienen a desembocar una multitud de pequeñas cañadas que pueden considerarse como otros tantos ramales de la principal. Los costados de la grande y de las pequeñas son formados por una multitud de cerros de considerable elevacion y de pendiente muy rapida, que ocupan el espacio de muchas leguas a la redonda, y que se elevan en escalones unos tras otros al rededor de la poblacion.

Allende, Aldama y los demas gefes insurgentes que

se hallaban con el, adoptaron el plan de defensa que indicaba la naturaleza misma del terreno y consistia en ocupar y fortificar las alturas, en establecer sobre ellas baterias que dominasen la unica entrada comoda por la cañada de Marfil, y en inutilizar esta por medio de barrenos: diez y ocho alturas fueron fortificadas, las diez primeras a la derecha y las ocho restantes a la izquierda de la cañada, y esta fué minada desde el punto en que desemboca el camino de Sta. Ana hasta la ciudad, con mil y quinientos barrenos practicados todos sobre sus espaldones y comunicados por una mecha.

La defensa estaba perfectamente concebida, pero no podia ser igualmente bien ejecutada, pues ni la artilleria estaba regularmente montada, ni habia quien la pudiese dirigir con acierto: ademas la fuerza de Allende no era instruida ni estaba rejimentada, y de consiguiente no podia prestar los servicios que son obra de estos conocimientos sin los cuales no es posible sostener por mucho tiempo punto alguno fortificado.

Calleja, despues de la victoria de Aculeo, regresó a Queretaro y en esta ciudad logró ponerse en comunicacion directa con el alferez real de Guanajuato D. Fernando Perez Marañon que lo instruyó muy circunstanciadamente de cuanto le convenia saber, así en orden a la fortificacion de la plaza, fuerza, calidad y numero de sus defensores, como

en orden a las personas con quienes podria contar y la clase de servicios que deberian prestarle. Con estos conocimientos se resolvió a marchar sobre Guanajuato y lo verificó por Apaseo, Celaya, Salamanca, e Irapuato. El 25 de noviembre llegó a las llanuras de Burras, y se situó en Puerto-Molinerio distante cuatro leguas de la cañada de Marfil, y al dia siguiente se puso en marcha hacia ella para reconocerla e igualmente las alturas que la rodean: al efecto destinó una parte de su fuerza que dividida en dos columnas, debia la una atacar dos baterias situadas a la izquierda de la boca de la cañada, y la otra sostener el ataque en la entrada de la misma. El conde de la Cadena encargado de estas operaciones las concluyó en poco menos de una hora apoderandose de cuatro cañones y de los puntos que se le habia mandado tomar. La facilidad y prontitud con que todo esto se practicó animó á Calleja para dar el ataque general que habia reservado al dia siguiente: dividió pues toda su fuerza en tres cuerpos; el primero a las ordenes del conde de la Cadena estaba destinado a montar por las alturas de la derecha, apoderarse de los puntos fortificados que en ellas tenian los insurjentes, y caer sobre la ciudad por el cerro de San Miguel; el segundo que debia mandar el mismo Calleja tenia por objeto internarse por la cañada de Marfil hasta el punto en que desemboca el camino de Sta. Ana, en el

cual todavía no podían ofender las minas, montar después por las alturas de la izquierda, desalojar a los insurgentes de sus diez puntos fortificados y caer sobre la ciudad por el cerro de Valenciana; el tercero a las órdenes del coronel D. Manuel Espinosa debía quedar en la cañada misma para apoyar los movimientos de los otros dos, e impedir que los insurgentes cortasen las comunicaciones apoderándose de nuevo de algunas alturas de que hubiesen sido antes desalojados: se destinaron además varios cuerpos de caballería a las órdenes de D. Miguel de Emparan y del conde de S. Mateo Valparaíso para perseguir a los dispersos.

Los insurgentes no se defendieron bien porque no sabían hacerlo; pero sostuvieron todos sus puntos con sumo valor hasta rendir en ellos el aliento: grandes pérdidas causaron en las tropas españolas, pero no fueron menores las que ellos sufrieron. El conde de la Cadena los desalojó sucesivamente de todos los puntos que ocupaban en la derecha sobre los cerros del Cubilete, Hormiguero y San Miguel, y se situó en este último para pasar la noche: Calleja hizo lo mismo por la izquierda internándose por las alturas que se hallan entre el camino de Santa Ana y Valenciana, a donde llegó a las cinco de la tarde después de haber vencido la obstinada resistencia que encontró en todos los puntos y con especialidad en el cerro de Panuco.

Como Calleja había previsto, los insurgentes trataron de cortar los cuerpos de su ejército e intentaron apoderarse de nuevo de los cerros que habían quedado a retaguardia; pero el coronel Espinosa frustró este designio. Los jefes insurgentes viéndose desalojados de todos sus puntos y en la imposibilidad de recobrarlos, dieron su derrota por consumada, solo pensaron ya en salvarse y lo verificaron la tarde misma. La fuerza se dispersó, y de los que la componían unos fueron a tener a San Luis, otros a Zacatecas y los más a Guadalajara sin que nadie los persiguiese. La ciudad quedó pues esa tarde sin gobierno ni autoridades, y en este interregno el pueblo, escitado por los destrozos que se contaba había hecho Calleja, determinó tomar venganza en doscientos cuarenta y nueve prisioneros, los más de ellos Españoles que existían en Granaditas. D. Mariano Liceaga que entendió de lo que se trataba se puso a la puerta de la prisión para impedir la entrada a los asesinos, pero fué atropellado y se halló en gran riesgo de ser muerto: también acudieron el capitán D. Pedro Otero y el sargento Tovar; pero bien pronto conocieron la ineficacia de sus esfuerzos y los riesgos que corrían si no se retiraban como lo hicieron al momento. Los asesinos penetraron en la prisión y dieron muerte a cuantos en ella encontraron, sin respetar a dos señoras que eran del número: después saquearon

todos los efectos pertenecientes a los muertos hasta dejar desnudos los cadáveres.

Este acto de iniquidad provocó en Calleja otro que no lo es menos : al día siguiente después de haber tomado una batería que se hallaba en el cerro del Cuarto, se dirigió sobre la ciudad y entró en ella a degüello desde Valenciana hasta el barrio de San Roque donde se mandó cesarlo. El conde de la Cadena había entrado ya en la ciudad por el rumbo de Carreras, y su división no degolló. Luego que Calleja ocupó la ciudad mandó prender a cuantos hombres del pueblo pudieron encontrarse, y reunidos ya en el número que pareció bastante, se procedió a examinar *militarmente* quienes eran los sospechosos de haber tenido parte en el asesinato de los Españoles : doscientos se declararon tales y diez y siete, fueron pasados por las armas los veinte que resultaron ; después se hizo otro diezmo entre ciento ochenta, y los diez y ocho que salieron fueron ahorcados. A la misma pena fueron condenados el intendente Gomez, el profesor de Matemáticas Davalos, y Chovell, Favie y Ayala, tres Mejicanos de una instrucción profunda en las ciencias exactas. En el término de pocos días fueron ejecutados por orden de Calleja doscientas diez personas, y también se le acusa de haber convertido en provecho propio sus despojos y los de todos los vencidos. El gobierno político fué reorganizado de manera que las funciones públicas

recayesen todas en personas de la confianza del gobierno español, y quedó por intendente D. Fernando Perez Marañón, sin duda en retribución de las inteligencias que había mantenido con el virey y con Calleja de tan buen resultado en la toma de Guanajuato. El virey aprobó este nombramiento y cuanto había hecho Calleja incluso las ejecuciones y el indulto que a ellas siguió.

Entre tanto el gobierno español y sus partidarios, alucinados con las ventajas adquiridas, llegaron a persuadirse que la insurrección no era más que un movimiento pasajero debido únicamente a la influencia de los que la habían promovido y acudillado. Este error que tanto los lisonjeaba estaba cimentado en motivos plausibles que todos descansaban en apariencias engañosas : ellas consistían en hechos que estaban a la vista pero que tenían causas muy diversas de las que les asignaban y suponían los Españoles. Es verdad que casi todas las tropas se habían declarado y tomado partido contra los insurrectos ; lo es igualmente que los empleados temían y no deseaban su triunfo ; y por último es indudable que los propietarios y personas acomodadas veían sino con aversión a lo menos con desconfianza la causa de Hidalgo ; pero todos estos temores, desconfianzas y aversiones no eran debidos al amor de la dominación española, detestada por la generalidad, sino a las pocas o ningunas

garantías que ofrecía al bienestar de las personas que componían estas clases la nueva revolución. En general casi todos deseaban sacudir el yugo español, pero querían que esto se hiciese de manera que ellos no saliesen perjudicados, y mientras se presentaba este orden tan deseado de cosas tenían por mejor mantenerse a la sombra de un gobierno que bien o mal conservaba y garantía a cada persona sus propiedades y el estado que deseaba o le convenía tener.

Los Españoles se obstinaron por el momento en creer partidarios suyos a todos los que no tomaban cartas ostensiblemente por la insurrección, y este error de los particulares se convirtió en un principio de conducta en el gobierno, el cual llegó a persuadirse que una vez dispersadas las masas que seguían a Hidalgo y sus compañeros, y aprendidos ellos, el negocio era concluido. En consecuencia, el virrey luego que salió por las victorias de Aculco y Guanajuato de los apuros en que lo había puesto la aproximación de Hidalgo a la capital, formó un plan por el cual las partidas todas de insurrectos desalojadas de los diversos puntos que ocupaban fuesen precisadas a reunirse en uno solo sobre el cual debería caer el grueso de las fuerzas españolas, y concluir en pocos días la insurrección con la aprensión de los jefes y la rendición y desarme de las masas que los seguían. Como la in-

insurrección ocupaba casi exclusivamente las provincias de Valladolid, S. Luis, Guadalajara y Zacatecas situadas todas en el centro del virreinato, se acordó formar tres divisiones o ejércitos que se encargasen de la ejecución del plan, y que por diversos y aun opuestos derroteros llevasen por delante las masas insurrectas hasta concentrarlas en Guadalajara, y cuando esto se hubiese verificado caer todas en combinación y al mismo tiempo sobre esta ciudad, para dar en ella el golpe que se estimaba último y decisivo.

D. Antonio Cordero, gobernador de Coahuila, con las tropas de las provincias internas dependientes del virreinato, debía dirigirse por S. Luis y Zacatecas, D. Felix Calleja por Leon, y D. Jose de la Cruz por Huichapan, Valladolid, la Barca y Zacualco. Cordero que era el mas distante fué quien primero se puso en movimiento, y sin encontrar mayor oposición se hallaba a fines de 1810 en las inmediaciones de San Luis: Calleja se movía lentamente por las poblaciones de la provincia de Guanajuato reduciéndolas sucesivamente a la dominación española. La tercera división a que se dió el nombre de ejército de reserva, se formó de los regimientos provinciales de infantería de Toluca y Puebla, de dos escuadrones de caballería de España y Queretaro y de un batallón de marina, y se nombró para mandar estas fuerzas al brigadier

D. Jose de la Cruz a quien es preciso dar a conocer.

Este general parece no haber empezado su carrera militar sino hasta 1808 en que con motivo de la invasion de España por las tropas francesas abandonó como otros muchos las universidades. En países que sufren totales trastornos los ascensos son pronto y faciles; España se hallaba en este caso, y Cruz en menos de dos años llegó a ser brigadier: con este grado se presentó en Mejico a fines de 1810 despues de haber servido en su patria a las ordenes del general D. Gregorio de la Cuesta, y se le nombró comandante de la primera brigada; pero a muy poco recibió el mando en jefe del ejército o division de reserva, con el cual dió a los insurjentes dos solas acciones, una de ellas de muy poca consideracion. Cruz es uno de aquellos hombres que con un merito que no pasa de la esfera de mediano consiguen ocupar grandes puestos, porque tienen el tacto o instinto de las oportunidades. Venegas a quien empezaba a ser onerosa la reputacion de Calleja trató de suscitarle un rival, y este es el orijen de la elevacion de Cruz: el virey necesitaba un hombre que se plegase facilmente y que por otra parte tuviese bastante astucia para hacerse valer mucho sin ser realmente gran cosa, y esto fué precisamente lo que halló en Cruz. Desde entonces fué su favorito, lo nombró para la comandancia general de la

Nueva Galicia y para presidente de su Audiencia, es decir, lo hizo un segundo virey, lo ascendió a mariscal de campo y lo dejó tan bien establecido, que se mantuvo en el puesto hasta que de él lo derribó la independenciam por la que no quiso tomar partido. Este pretendido rival de Calleja en nada le era comparable sino en la dureza con que trató a los insurjentes; por lo demas, ni antes ni despues de la campaña logró establecer su reputacion militar, y aun se daba por cierto que sus conocimientos en la profesion de las armas eran muy escasos y mas aun todavia su valor personal. El voto de Venegas sobre los asuntos de Mejico fué siempre en España de mucho peso, y esto lo ponía en estado de sostener a Cruz como lo hizo, estimulado, ya por los compromisos que con él tenía, ya por mortificar a Calleja a quien no podia perdonar haber intrigado contra él hasta sucederle en el puesto. A las pasiones pues, y al odio mutuo de Venegas y Calleja que tenían su influjo en la corte, y a los triunfos que sobre los insurjentes lograba repetidas veces el brigadier Negrete, segundo de Cruz, fué a lo que este debió su engrandecimiento y la especie de independenciam en que se mantuvo de la autoridad del virey, especialmente mientras Calleja ocupó este puesto.

Cruz salió de Mejico con la division de reserva, llevando orden de atacar y destruir en Huichapan